

MEMORIA HISTÓRICA: LA GUERRA CIVIL EN LA RIOJA, LA RIOJA BAJA Y CALAHORRA. ALGO MÁS QUE UNA HISTORIA.

por

Jesús Vicente Aguirre González*

Resumen

El autor, que prepara un libro sobre la Represión en La Rioja en la Guerra Civil, especialmente en el año 1936, introduce su trabajo hablando de la Memoria Histórica, de la necesidad de que 70 años después, aquellos hechos puedan conocerse, un paso que más allá de la historia, tiene que ver con la Justicia que entonces no tuvieron las víctimas, y que puede ser una buena base para las necesarias reparaciones que merecen en el orden personal, social y económico. Pasa revista después a presentar diversos aspectos de la represión en La Rioja, con especial atención a la Rioja Baja, y aún más a la ciudad de Calahorra.

Abstract

The author, who is presently writing a book about the political repression suffered in La Rioja during the Spanish Civil War, introduces this essay by speaking about “Historical Memory”, and how, after seventy years, those past events need to be known. It’s a step beyond History, that has more to do with the rights and justice that were denied to the victims, and that this could be an adequate base for making the necessary reparations in the personal, social and economic order.

The author also reveals some aspects of the repression and atrocities suffered in La Rioja , during this period, and with more detail in La Rioja Baja (the Lower Rioja), in particular in the town of Calahorra.

1. LA MEMORIA

Sabemos que el horror existe, decía el Ministro de Justicia al recordar en el Parlamento español a las víctimas del Holocausto, y añadía que sólo los supervivientes tenían derecho a olvidar, los demás no. Dudo mucho que los supervivientes del Holocausto, de cualquier matanza o genocidio puedan y quieran olvidar. Pero estoy de acuerdo con la reflexión final. Los demás, nosotros, no tenemos derecho a olvidar.

*. Jesús Vicente Aguirre González dirigió, ya en 1984, un documental sobre la Barranca, el lugar donde fueron asesinados más de 400 personas entre septiembre y diciembre de 1936. Ha escrito diversos artículos sobre los temas de Memoria Histórica y Represión en La Rioja en periódicos y revistas y mantiene una página web titulada www.represionrioja.com. El año 2000 publicó un libro sobre el proceso autonómico de La Rioja titulado “La Rioja empieza a caminar”, reeditado el año 2002 por el Instituto de Estudios Riojanos. Prepara ahora un libro sobre la Represión en La Rioja durante la Guerra Civil, especialmente el año 1936.

Y por eso debemos hablar y escribir sobre nuestra historia. Porque la memoria, dice Eduardo Galeano, es un punto de partida. Que debemos conocer, para seguir el camino. Para no repetir tantos errores, tantos horrores...

Y por higiene mental. Porque la memoria es como el agua que quiere fluir, y si se retiene acabará por desbordarse.

Por todo ello escribimos hoy de la memoria y del holocausto. Pero en La Rioja. Donde el asesinato de dos mil personas en 1936 es tristemente y por derecho propio un Holocausto (“gran matanza de seres humanos”). Pero no se crea que el hablar o escribir sobre esto es algo novedoso. El tema de la guerra civil, y especialmente el de la represión durante o a consecuencia de la misma, va ocupando su espacio en librerías y bibliotecas. Superando silencios y rellenando agujeros negros. Por encima y por debajo de los intereses, no sólo económicos, que han convertido al revisionismo histórico en la punta de lanza de cierto neo-franquismo. Por encima y por debajo de aniversarios y fechas emblemáticas, como las que luce este año, 2006 (70 aniversario de la Guerra y 75 de la proclamación de la República), que han propiciado una avalancha informativa (libros, revistas, cine, televisión) que, por otra parte, no deja de ser una interesante y abierta fuente de información, consulta y reflexión. No todos los sarampiones son malos... Por lo que a este escrito respecta, y al libro que se prepara sobre la represión en La Rioja, me sitúo detrás de los supervivientes, y de los familiares, amigos y compañeros que siguen recordando los hechos cada día. Detrás de los hechos y la historia. Con respeto a sus sentimientos, que rezuman tristeza y dolor, rabia a veces, pero nunca deseos de revancha.

2. OLVIDO Y PERDÓN

Entonces, ¿olvidar? No. ¿Y perdonar? En las recuperaciones de restos que se llevan a cabo alrededor de los 80, especialmente en la Ribera Navarra y en la Rioja Baja, participan sacerdotes que han trabajado y hasta coordinado las labores de exhumación, como Vicente, el párroco de Andosilla, o familiares directos de los asesinados como el salesiano Manuel Morentín y algún otro. Todos ellos piden perdón como Iglesia, como el pequeñísimo trozo de Iglesia que son, y todos solicitan a los familiares, en esos momentos de rehabilitación y recuperación de la dignidad y de los cuerpos de sus muertos, el perdón hacia los asesinos...

¿Perdonar? Quizá alguno lo ha hecho. La mayoría no han perdonado. Y lo pueden explicar. Alguno lo ha hecho con lágrimas en los ojos: nadie les ha pedido perdón...

3. VENCER A LOS VENCIDOS

El problema de nuestra guerra civil, la tragedia de los vencidos, es que todo aquello no acabó el 1 de abril de 1939. Durante muchos años continuaron los asesinatos, la represión, las injusticias, la dictadura. Los vencedores, como canta Pedro Guerra, “*después de acabada la guerra, vencieron a los vencidos*”. Cada día durante

40 años. Y cuando llega la Democracia, el País hace mutis por el foro y se olvida (oficialmente) de la cuestión.

Son conscientes muchos familiares de que la Transición quizá no pudo hacerse de otro modo, de que por la relación de fuerzas existentes fue más importante (y sobre todo más posible) el recuperar las libertades que el exigir justicia. Pero saben que ellos fueron, de nuevo, moneda de cambio. “La forma menos comprometida era sacrificar a las víctimas del franquismo y olvidarse de ellos y así se hizo”, escribe uno de esos familiares en Alfaro.

4. JUSTICIA

¿Qué esperaban las familias de las víctimas? Justicia. El reconocimiento oficial del atropello a la razón y a la vida, la restitución de la dignidad y del buen nombre de los asesinados (y algunos miles más de represaliados, desde las mujeres vejadas con el corte de pelo y el aceite de ricino, a la infinidad de los que sufrieron cárcel y maltrato social y económico).

Algo de razón tenían. En una fecha tan “emblemática” como la del 18 de julio (de 2005), Amnistía Internacional publica un informe titulado “España: poner fin al silencio y a la injusticia. La deuda pendiente con las víctimas de la Guerra Civil y del régimen franquista”. El texto se puede ver en Internet. No tiene desperdicio. Es un alegato contra la pasividad, en este tema, de todos los gobiernos del Estado Español en la época democrática. Tres palabras podíamos destacar de un texto que se desborda en 77 apretadas páginas: VERDAD, JUSTICIA Y REPARACIÓN.

Algo se ha andado en los últimos tiempos. Desde la Resolución del Congreso de Diputados del 20 de noviembre del 2002 (reconocimiento moral a las víctimas de la Guerra Civil y del Franquismo), hasta la Ley, todavía en fase de estudio, conocida como de la Memoria Histórica, que mejor debiéramos llamar de la Justicia Histórica. Una Ley que, seguramente, se va a quedar más en el terreno de las buenas intenciones que en el de las soluciones. Que, como hemos dicho, pasan por la verdad, la justicia y la reparación. Mientras no sea así, es previsible que continúen las reivindicaciones de familiares y grupos políticos.

5. LA MEMORIA EN LA RIOJA

En algunos pueblos y ciudades algo se anduvo también. Por ejemplo el Ayuntamiento de Logroño al recordar, en febrero de 1999, a sus funcionarios represaliados, unos 250, aunque no se mencionara para nada que entre ellos había más de 20 asesinados. El de Pradejón, que al rememorar su historia, el año 2004, dedica un capítulo a la guerra civil, recordando a sus muertos, como ocurrirá también en los estudios próximos a aparecer sobre Quel o Rincón de Soto. Historia y recuerdos que, envueltos en las fotos de Bella y con textos de Jesús J. Alonso Castroviejo, ya habían publicado los Amigos de la Historia de Calahorra en el 2001, con el título de “II República y Guerra Civil en Calahorra. Imágenes de una época”.

En otros lugares se han facilitado los trámites para conseguir exhumar y enterrar a los asesinados. Fue enorme esa tarea de exhumación, sobretodo en La Rioja Baja a finales de los años 70 del pasado siglo, llevada a cabo por los propios familiares, que recordaron y pudieron “enterrar” a los suyos en Aguilar, Alcanadre, Aldeanueva de Ebro, Alfaro, Arnedo, Ausejo, Calahorra, Cervera, El Villar de Arnedo, Igea, Pradejón, Rincón de Soto y San Vicente de la Sonsierra (seguro que me dejó algún lugar).

El Gobierno de La Rioja ofrecía el año 2003 indemnizaciones complementarias a las concedidas en la Ley de Amnistía de 1977 a los riojanos represaliados (encarcelados) durante el franquismo.

Pero... todo eso no era gran cosa. En general podíamos pensar que el silencio oficial era insultante e injusto. Por eso algunas personas empezamos a reclamar que el Parlamento de La Rioja se pronunciara al respecto. Finalmente y después de una campaña de recogida de firmas y de un debate continuado sobre la cuestión, el Parlamento de La Rioja aprobaba por unanimidad el 11 de mayo de este año, una Declaración Institucional de solidaridad con las víctimas, y sus familiares, de la Guerra Civil en La Rioja, en la que se repara “simbólicamente, como exige la justicia, el buen nombre y dignidad de aquellas personas”. Con una invitación en toda regla a los Ayuntamientos riojanos a que expresen el mismo reconocimiento y solidaridad, reponiendo simbólicamente en sus puestos a alcaldes y concejales asesinados “como expresión de respeto a la voluntad vecinal expresada en las urnas y de creencia en el derecho a la vida y demás valores democráticos”. El Ayuntamiento de Calahorra lo aprobó en su sesión plenaria del 26 de junio de este año. También lo han hecho los de Pradejón y Quel y, entre otros, los de Santo Domingo y Logroño en otras zonas riojanas.

6. ABRIR O CERRAR HERIDAS

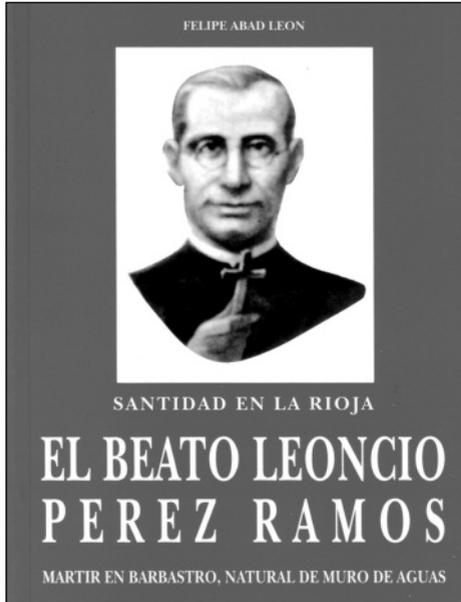
Hace algunos meses alguien lanzó una frase que tenía algo de pregunta y que yo mismo contesté: “¡A cuento de qué viene ahora, 70 años después, resucitar hechos lamentables de la Guerra Civil!”...

“Claro que en la Guerra Civil se hicieron barbaridades por ambas partes”, escribía yo. Y seguía: “Hubo víctimas en los dos lados. Pero el problema es que no se les trató, ni a su memoria ni a sus familias, de igual manera. Eso es un hecho”. Que lo reflejaba muy bien en otro reciente escrito Pedro Zabala: “La dictadura prolongó el odio y el rencor con una represión basada en el miedo... Las víctimas <nacionales> que padecieron en zona republicana fueron honradas y alabadas; sus familiares pudieron enterrarlas con dignidad y llorarlas sin tener que ocultar la amargura de su dolor. Las otras víctimas, derrotadas en vida y después de su muerte, fueron escarnecidas o silenciadas. Sepultadas, muchas de ellas en sitios desconocidos, se negó a sus familiares el derecho fundamental de inhumarlas con dignidad, de recordarlas sin tapujos, de mostrar su duelo sin tener que esconder sus lágrimas...”

Porque lo que diferencia los asesinatos de uno y otro lado no es el hecho de la muerte, de la mayor o menor crueldad (que la hubo en todas partes). Es el trato y diferente consideración que tuvieron unos y otros, incluyendo a los familiares.

Como pasó en La Rioja.

Porque aquí pasó lo que pasó: más de dos mil asesinatos sin juicio previo de riojanos que únicamente habían utilizado la legalidad vigente para pertenecer a partidos políticos y sindicatos o para ser elegidos concejales y alcaldes de sus pueblos.¹



Hay un ejemplo que me parece enormemente ilustrativo. El Padre Leoncio Pérez, de Muro de Aguas. Claretiano, uno de los 52 asesinados por los “rojos” en Barbastró. Una barbaridad, yo digo a veces, y no por frivolar, una barbastridad. El Padre Leoncio, además de ser un héroe muerto por Dios y por la patria, es mártir y beato. Su familia fue seguramente atendida de la mejor manera posible en aquellos tiempos. Don Felipe Abad ha publicado recientemente una biografía del claretiano prologada por el anterior alcalde de Muro de Aguas.²

Sin embargo, ni Don Felipe Abad ni el anterior alcalde de Muro de Aguas han escrito biografía o prólogo alguno dedicado a Don Julián Cabello Jiménez, alcalde de Muro de Aguas en la II

República, asesinado el 14 de septiembre en las cunetas de la Viña del Panadero, término de Ausejo, con su hermano y otros dos vecinos de Muro. Considerados, igual que otros 2000 riojanos durante más de cuarenta años, como rojos, traidores y peli-

1. En La Rioja no llegan ni a 10 los condenados a muerte tras el correspondiente Consejo de Guerra Sumarísimo. Las penas impuestas en Logroño fueron ejecutadas en la Estación de Fruticultura, lo que ahora son las instalaciones deportivas de las Norias. Más cerca del asesinato que del fusilamiento están los aproximadamente 200 componentes de la II Bandera del Tercio Sanjurjo que murieron en Zaragoza en la primera semana de octubre de 1936. Se trataba de izquierdistas obligados a enrolarse “voluntariamente” para, en principio, salvar la vida. Ante la sospecha de un pase masivo al lado republicano se les “fusiló” en Zaragoza en los primeros días de octubre de 1936. La mayoría eran navarros. También había bastante riojanos, 23 tenemos documentados, sobretodo de la Rioja Baja (16), de Alcanadre, Arnedo, El Villar, Pradejón, Tudelilla y Calahorra.

2. Felipe Abad León, “Santidad en La Rioja. El Beato Leoncio Pérez Ramos, mártir en Barbastró, natural de Muro de Aguas”, edición del autor, Editorial Ochoa. Logroño, La Rioja 1993.



El alcalde de Muro de Aguas
asesinado, Julián Cabello.

grosos asesinos. (Aunque diré, en honor a la verdad, que gracias al empeño y buena voluntad de algunas personas, sí se llegó a recordar hace pocos años a los cinco asesinados: los cuatro republicanos y el sacerdote. Pero, insisto, las diferencias del trato histórico y social han sido abismales).

Hablamos de barbaridades. Se hicieron muchas. Barbaridad fue, por ejemplo, la quema de iglesias en La Rioja, con la que no estuvieron de acuerdo la mayoría de las autoridades republicanas, como se desprende de las manifestaciones de la época y de los testimonios que hemos podido recoger de supervivientes y familiares de la represión posterior. En todo caso, y lo hiciera quien lo hiciera, estoy seguro de que cualquiera estará de acuerdo conmigo en que esos incendios nunca debieron ser “el motivo” para asesinar

a decenas de riojanos en las cunetas, que fue lo que ocurrió.

Barbaridad fue la persecución religiosa en el lado republicano durante la guerra civil, acompañada por asesinatos de sacerdotes y monjas (si se me permite un paréntesis, me gustaría citar otro artículo de Pedro Zabala en la prensa regional, en la que recuerda cómo la Iglesia católica “lleva años canonizando como mártires a sacerdotes, religiosos y seglares asesinados en zona republicana por razón de su fe”. Y añade: “Sobre esto, una duda nos asalta a bastantes: ¿Sus vidas fueron brutalmente sesgadas por razón del Mensaje de Jesús o porque los asesinos pensaban que la Iglesia era enemiga de la libertad y sustentadora de los poderosos?”. Pregunta y reflexión que dejo en el aire).

Barbaridad fue, finalmente, la represión llevada a cabo en las dos retaguardias. Que no fue exactamente la misma, ni lo mismo, al margen de que un asesinato sea asesinato en cualquier idioma y lugar. Pero explicarlo nos ocuparía un espacio del que no disponemos. En todo caso, la represión que nos tocó vivir (y morir) a nosotros, en La Rioja, fue la de los “nacionales”. Ya lo hemos dicho, con 2.000 víctimas, muchas de ellas pertenecientes a asociaciones, partidos y sindicatos republicanos, socialistas, anarquistas o comunistas, considerados en general como “rojos” y todos ellos anatematizados como republicanos.

Hablamos de la República. Defender la legalidad republicana, no significa desconocer el alto grado de conflictividad social y política de la época. Tampoco que la República no fue un edén, ni un paraíso. Pero la República soñó con equiparar a España con los países más adelantados de Europa. Soñó, sobretudo, con equiparar a todos los españoles entre sí. Para eso había que acabar con las enormes diferen-

cias sociales, iniciar la reforma agraria, repartir con justicia deberes y derechos, mejorar y universalizar la educación y, por qué no, conseguir una España laica, donde la religión no fuera quien marcara, desde su tradicional apoyo y complicidad con los poderes públicos, las pautas a seguir por todos los ciudadanos. Los objetivos eran ambiciosos y el esfuerzo fue tremendo. Por supuesto hubo fallos desde las instituciones y desde los grupos sociales y políticos que la apoyaron, pero sobretodo, hubo una oposición sorda y latente al principio, finalmente absoluta y letal, por parte de los que más tenían contra todo lo que significara acabar con sus privilegios y su forma de entender la vida (hablamos de los poderosos, de una parte del ejército y de la Iglesia).

7. LA REPRESIÓN EN LA RIOJA

Nosotros nos vamos a centrar en la primera de las represiones, por decirlo de algún modo. En la física. En la eliminación física de las personas. Pero antes de entrar en ella, conviene decir que hubo más.

También fue represión física las acciones de violencia y tortura que sufrieron muchos riojanos, en aquellos tiempos y después.

De alguna manera, también se dañaba físicamente a las mujeres a las que se cortó o rapó el pelo al cero y, en algunos casos, se les paseó por las calles dándoles aceite de ricino para que vaciaran el cuerpo a la vista de todo el mundo. Ciertamente que mucha gente, especialmente mujeres, se rieron mucho con aquella ocurrencia. Otra gente, otras mujeres también, se dieron la vuelta mientras les lloraban los ojos y el alma. Con aquella afrenta se quería, más allá del daño físico, “violentarlas” y doblegarlas. Hacerles pagar también el sueño y la reivindicación de un mundo más justo para todos por la que ya habían sido asesinados muchos de sus familiares...

Está después la represión económica. Primero las multas gubernativas, discrecionales y directas. Sin recibo muchas veces. Las “contribuciones” a todas las causas de la España campamental, ayudas al frente, contra el frío, el día del plato único, la compra de un avión, de altares portátiles, etc. Los criterios para exigir dinero a los vecinos tenían que ver con las posibilidades económicas, pero en segundo lugar. El primero estaba reservado al grado de “desafección” al régimen. Y en este aspecto las familias represaliadas estaban bien situadas... Los expedientes de Responsabilidades Políticas (más de 300 en la Rioja Baja) incluyen en sí mismos todos los ingredientes de un sistema represivo demoledor: delaciones, acusaciones y comparecencias (cuando las víctimas viven, que en mucho caso se opera contra personas ya asesinadas) que acaban en multas que van desde las 250 a las 50.000 pesetas (por no citar algunas “millonarias”, en pesetas de aquellos años), que siempre llevan aparejadas los correspondientes embargos.

Finalmente está la represión social. No ya el aplastamiento del régimen militar y dictatorial sobre las víctimas y sus familias, del que ya hemos hablado. También el rechazo y el mal trato en la vida cotidiana. Los problemas añadidos: discriminaciones, prohibiciones y un largo etcétera de comportamientos igualmente cainitas.

8. LA RIOJA: ALTAS Y BAJAS.

Nos vamos acercando a Calahorra, y para ello debemos saber algo más sobre la realidad de la represión en toda La Rioja y, especialmente, en la Rioja Baja.

La Rioja tenía, según el censo de 1930, 203.789 habitantes. Y tenemos documentados algo más de 2.000 asesinados, así que estamos hablando de un 1% de la población aproximadamente.

Hay algunos pueblos donde no muere nadie. Eso se debe, fundamentalmente, a la posición humanitaria y de fuerza que adoptan algunos párrocos o alcaldes, por ejemplo en Alberite, Bañares, Baños de Río Tobía, Fonzaleche o Ribafrecha. Enseguida veremos algunos casos en la Rioja Baja.



La Barranca, el símbolo de la represión en La Rioja.

En la mayor parte de nuestros pueblos sí hay que registrar víctimas. De momento las vamos a analizar en relación con el número de habitantes. Empezando por la Rioja Alta y Centro.

Por debajo del 1% quedarían Haro y Santo Domingo. Y Logroño capital, donde mueren aproximadamente 290 personas de una población de 34.329 habitantes (es evidente que no contamos en Logroño a los cientos de personas que son asesinados en su Cementerio o en la Grajera, provenientes del

resto de la provincia. Lo mismo ocurre con los más de 400 asesinados en la Barranca de Lardero).

Entre el 1 y 2% estarían, por ejemplo, Castañares, Anguiano, Badarán, San Vicente y los pueblos cameranos de Ortigosa, Nieva y Torrecilla.

Más del 2% se registra en Entrena, Nájera, Sajazarra, Lardero o Uruñuela.

Por encima del 3%, y eso ya es mucho, tenemos a Herramélluri y Tormantos.

Por encima del 4% sólo hay una población en La Rioja, Villamediana, nuestro Sartaguda o pueblo de las viudas.

9. LA RIOJA BAJA

Veamos ahora con más detenimiento la Rioja Baja. Las cifras, no lo olvidemos, corresponden a seres humanos. Recordaremos algunos de sus nombres (evidentemente en este artículo no podemos citar a todos), especialmente de alcaldes, concejales, maestros, familias que sufrieron varias muertes... Las cifras de muertos-asesinados son siempre de personas que vivían en el pueblo citado. No se suman, por

tanto, los nacidos en el mismo si residían en otros lugares (que es donde los situamos). En todo caso son cifras provisionales, de una lista provisional sujeta a correcciones y añadidos si los hubiera.

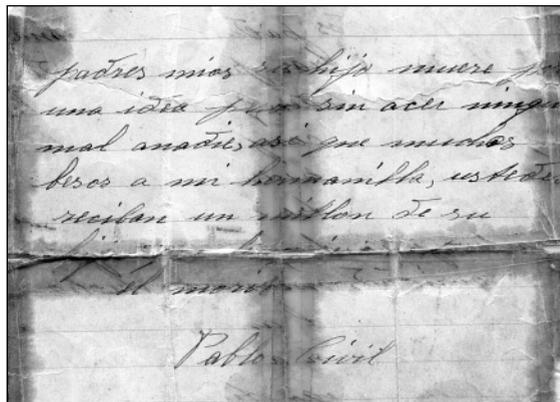
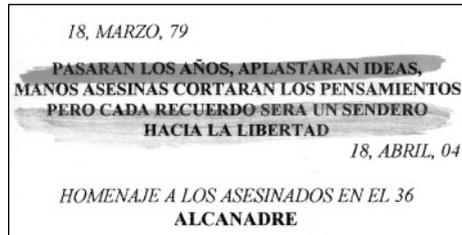
AGUILAR, 5 asesinados sobre 2.107 habitantes, 0,24%. Obró humanitariamente el párroco Manuel Sáenz Oliván (de Calahorra, donde sería más tarde y por muchos años párroco de la Iglesia de San Andrés). Una familia destrozada, la de Enrique Sáinz Condón. Con él mataron a su mujer, Estefanía Magaña, y al hijo, Juan Félix.

ALCANADRE, 29 asesinados sobre 1.721 habitantes, 1,68%. Entre ellos el alcalde, Agustín Martínez Royo, agricultor. Los concejales: Crispín Fernández Royo, también agricultor y músico, Román Royo Pascual y Amancio Martínez Abeyjón (también mataron a su hermano Isafás), agricultores. El maestro, nacido en Enciso, Santiago Pascual

Rodrigo. Los hermanos Román y Protasio Aguirre Espinosa. Los hermanos Benito, Cándido, Félix y Rodrigo Mateo Gumiel. Especial es el caso de Antonio Díaz Rodríguez, “voluntario” en el Tercio Sanjurjo, que se pasó al bando republicano y al acabar la guerra ingresó en la resistencia francesa, para acabar muriendo en el campo de Mauthausen en 1941.

ALDEANUEVA DE EBRO, 49 asesinados sobre 2.749 habitantes, 1,78%. Entre ellos el alcalde José Calvo Miranda, agricultor. Los concejales, Luis Sota Rubio, músico, y Lucio Jiménez Ruiz (también mataron a su hermano Daniel), trabajador del campo. Máximo Cunchillos y sus hijos Lucio y Moisés. Los hermanos Carmelo y Paulino Jiménez Pérez, Demetrio y Domingo León Matute, Félix y Pedro Moreno Martínez, Ángel y Anastasio Rubio Calvo. Manuel Marrodán y sus hijos Florencio y Hermenegildo.

ALFARO, 117 asesinados sobre 7.679 habitantes, 1,52%. Decir que Alfaro resistió puede ser exagerado. Pero sí lo intentó. Y allí llegaron navarros y riojanos de otros pueblos ya tomados por los requetés, para sostener a la República. Los primeros cañonazos de las fuerzas de García Escámez, el día 21 de julio, derrumbaron sus pretensiones. Inmediatamente empezó una dura represión. Que acabó entre otros con los alcaldes Juan



Carta de Pablo Civil.

Esquitino Ferichola, hojalatero, Domingo Ladrón de Guevara y Justo Soret Melero, agricultores. Los concejales Francisco Sola Melero, agricultor, José Ba Zardoya, industrial siller, Félix García López, practicante, Macario Romanos Conde, agricultor y cantinero y Pedro López Salas, ferroviario. Otros más: Juan Álvarez y sus hijos Félix, Gregorio y Juan. José Arnedo y sus yernos José Mayor y Ángel Rivas, y el padre de éste, Paulino. Los hermanos Carlos, Domingo, Eugenio y Leopoldo Lozano Calvo. Juan Ochoa y sus hijos Juan, Tomás y Antonio. José Mateo Zapatero, médico.

ARNEDILLO, ningún asesinado sobre 1.110 habitantes. Félix Sada es el cura. Ricardo García el alcalde del Movimiento. Y Zoilo Martínez, otra de las personas que inclinaron la balanza hacia el lado de la humanidad.

ARNEDO, 47 asesinados sobre 5.356 habitantes, 0,88%. Arnedo había sido noticia en toda España cuando el 5 de enero de 1932 la guardia civil abrió fuego contra la manifestación que celebraba el fin (y la relativa victoria) de la huelga de los trabajadores de calzados Muro. 11 muertos y 30 heridos pusieron luto a la joven República y en tela de juicio su política de orden público. En 1936 murieron asesinados algunos familiares de los muertos y heridos en los sucesos. Y, entre otros más, los concejales Paulino Garrido Garrido, labrador y Raimundo Domínguez Herrero, tratante de ganado y carnicero.



Restos en Arnedo.

Manuela Aróstegui y sus hijos Francisco, Pedro y Victoriano, “los Pelujos”. Y los hermanos “Lindo”: Benito y Matías Hernández Herrero.

AUSEJO, 29 asesinados sobre 1.315 habitantes, 2,20 %. Entre ellos los concejales Valeriano Ezquerro Fernández, zapatero y electricista, y José San Juan Ciordia, labrador. Los hermanos Alejandro y Demetrio Balmaseda Espinosa, Jesús e Isidro Gil Hierro, Alberto y Valeriano Gil Pérez, Valeriano Ezquerro y su hijo Félix. Y una mujer embarazada, Felipa Martínez González.

AUTOL, 31 asesinados sobre 3.207 habitantes, 0,97 %. Entre ellos los hermanos Alejandro y José Merino Rueda, Ángel y Bienvenido Pastor Martínez, Saturnino y Epifanio Pérez Martínez. Francisco Varea León y sus hijos Pablo y Serapio.

CERVERA, 70 asesinados sobre 6.906 habitantes, 1,01 %. Cervera vivió unas duras jornadas en octubre de 1934. Aquellos sucesos, que en Asturias alcanzaron su punto más trágico, ocasionaron algunos muertos y dejaron una lista de presos que saldrían a la calle con la amnistía de febrero de 1936, cuando triunfó en toda España el Frente Popular... Curiosamente, y en 1936, no murieron muchos de los que formaban en esa lista, pero, si eran 29 los liberados, 29 cerveranos fueron sacrificados



Algunos van a morir, por ejemplo José Manuel Zapatero, médico en Alfaro, tercero empezando por la izquierda (con chaleco y visera).

en una sola noche... La madrugada del 2 de septiembre registra el mayor número de muertos en una sola “saca” en La Rioja, detrás de la del 24 de septiembre en la Barranca. 26 hombres y tres mujeres son asesinados en el Carrascal de Villarroya. Entre ellos Emilio Gutiérrez Jiménez, concejal, alpargatero y músico. O los hermanos Juan y Saturnina Gil Álvarez. “No hay nada en este mundo que haga olvidar una injusticia”... Murieron también José y Nicolás Alfaro Arnedo, Demetrio y Joaquín Jiménez López. Los guardias civiles, que defendieron el orden republicano, Casimiro Iglesias y Desiderio Gil. Juan Manuel Zapatero González (hermano de José Mateo, asesinado en Alfaro), médico de cuerpos y almas, su mujer y su cuñada Consolación y Resurrección Martínez.

CORNAGO, 1 muerto sobre 1.788 habitantes (0,06%). Gracias al alcalde Ricardo de Luis Vicente y al párroco Jesús Sáez, se puede decir que en Cornago no murió nadie asesinado, aunque sí registremos un muerto a consecuencia de la represión: Narciso Martínez Peña, encarcelado, murió en el Hospital de Logroño en enero de 1938.

EL VILLAR, 10 asesinados sobre 1.178 habitantes (0,85%). Entre otros el alcalde Ángel Cordón Ruiz de Gordejuela, hostelero, y el secretario Francisco Moreno Loza.

ENCISO, 5 asesinados sobre 1.033 habitantes (0,48%).

GRÁVALOS, 1 asesinado sobre 914 (0,11%). Amador Escudero el alcalde, echó a quien venía a cobrarse vidas. Le ayudó el párroco, Francisco Martínez. Aún así tenemos registrada la muerte de Carlos Urrutia de la Hera.

HERCE, nadie murió asesinado en el pueblo, de 629 habitantes. El alcalde Tiburcio Martínez Herrero, requeté, y el párroco, Pedro Marzo, lo hicieron posible.

IGEA, 7 asesinados sobre 1.557 habitantes (0,45%). Entre ellos Manuel y Purificación Marzo Gil.

MUNILLA, incluyendo **Peroblasco**, 12 asesinados sobre 1.645 habitantes (0,73%). La mayor parte de ellos murieron en las tapias del cementerio de Logroño en la madrugada del 24 de agosto de 1936. Entre otros, Aniceto Calleja Merino, agricultor, alcalde pedáneo de Peroblasco y los hermanos Luis y Pedro Yanguas Rabanera.

MURO DE AGUAS, 4 asesinados sobre 546 habitantes (0,73%). Murieron el alcalde, Julián Cabello Jiménez, su hermano Domingo y dos más.

PRADEJÓN, 46 asesinados sobre 2.435 habitantes (1,89%). Entre ellos el alcalde Perfecto Miranda Medrano, labrador, y su hermano Faustino, el concejal Justiniano Ezquerro Santos, labrador, y el maestro y pastor protestante Simón Vicente Vicente. Otros: Valentín Ezquerro Ezquerro, su hermano Ángel y su hijo Ángel Ezquerro Vallés. Los hermanos Damián y Justiniano Ezquerro Santos. Miguel y León García García. Félix Ocón y Fermín, su sobrino.

PRÉJANO, 17 asesinados sobre 785 habitantes (2,17%). Entre ellos Cecilio Jiménez Jiménez, labrador y alcalde y su sobrino Marcelo Jiménez, catedrático. También fue alcalde durante la República, Emilio Leciguyena Fernández. Otros asesinados: Nicolás Jiménez y sus hijos Jorge y Vicente Jiménez Pascual, que también era concejal.

QUEL, 23 habitantes sobre 2.415 habitantes (0,95%). El alcalde Víctor de Blas Martínez ya había sido asesinado en 1931, fruto del fervor religioso de unos y la intransigencia de todos. Tras el Movimiento será asesinado su hermanastro Isaac de Blas Abad, concejal, como lo era Federico Pérez Pérez, agricultor, alcalde en los últimos meses de la República. Y, entre otros, Tomás y Francisco Garrido, padre e hijo. Martín Rada con su hermano Manuel y su hijo Luis. Y los hermanos Paulino y Roberto Rada Acedo, y Fermín y Julián Merino.

RINCÓN DE SOTO, 39 asesinados sobre 2.775 habitantes (1,40%). Entre ellos Manuel Maza Ferrer, Delegado Gubernativo y los hermanos Francisco y José Medrano Martínez, y Paulino y Saturnino Urtubia Medrano.



Los caídos por Dios y por España, una placa que debía trasladarse al cementerio.

Memoria Histórica: La Guerra Civil en La Rioja

<u>NOMBRE</u>	<u>Edad</u>	<u>NOMBRE</u>	<u>Edad</u>
1 Pablo García Fernández	42	19 Pedro González Torres	36
2 Daniel García López	23	20 Santiago Malo Tarragona	27
3 Manuel Fernández Pedriza	29	21 Juan Ortiz Oroz	27
4 Aquilino Fernández Fuertes	50	22 Santiago Pastor Zapata	27
5 Pablo Lapedriza García	27	23 Luis Moya Béjar	42
6 Santiago Urtubia Pérez	21	24 Lucio Cabezón García	48
7 Cruz Matute Cordón	17	25 Serafín Pastor Ruiz	45
8 Julián Medrano Mendizábal	17	26 Mauricio Ochoa Cascante	54
9 Isidoro Sáenz Matute	22	27 Gerardo Ruiz Pérez	29
10 Aurelio Matute Urtubia	18	28 Amalio Arnedillo Lázaro	32
11 Paulino Urtubia Medrano	38	29 Fulgencio Pastor Santiago	25
12 Saturnino Urtubia Medrano	46	30 Dionisio Martínez Cristóbal	36
13 Manuel Zaracain Medrano	34	31 Félix Jiménez Jiménez	20
14 Gabino Matute Ruiz	33	32 Luis Cillero Martínez	40
15 Francisco Bretón Matute	47	33 Manuel Maza Ferrer	48
16 José Medrano Martínez	40	34 Fructuoso Pérez Sáenz	41
17 Francisco Medrano Martínez	31	35 Tomás Fernández Gil	31
18 Gaspar Gómez Nuñez	27	36 Jesús Fernández López de Oñate	20
		37 Vicente Abad Vergara	48

Estos son los otros, los “tumbaos”.

TUDELILLA, 16 asesinados sobre 1.254 habitantes (1,28%). Entre ellos el concejal Santiago Espinosa Herce, agricultor, el maestro Eloy Tejada Sáenz y el juez de paz León Díaz. Otros: los hermanos Abundio y Juan Manuel Bretón Sáenz.

TURRUNCÚN, 2 asesinados sobre 211 habitantes (0,95%)

10. CALAHORRA

250 asesinados sobre 12.004 habitantes (2,08%).

En el Panteón de Calahorra se recogen los nombres y apellidos de 70 personas. Debajo podemos leer: “*En memoria a todos los hombres y mujeres que murieron vilmente por defender la libertad, la paz y la justicia en 1936*”. En la portada del recuerdo que se edita en 1980, el texto es prácticamente el mismo. Pero se concreta la memoria, son “942 hombres y mujeres que murieron”. Y eso es prácticamente imposible. Por dos razones. La primera puede seguirse en los números y argumentaciones de Hernández García (tomo 2, pp. 100 y ss., ver Bibliografía), que utiliza padrones, altas y bajas, para afirmar: “no creemos en manera alguna, que el número de fusilados de Calahorra sobrepasase el de 300 personas”. La segunda razón es muy sencilla. La memoria histórica puede tener lagunas, pero no puede olvidarse de 600 personas. Teniendo en cuenta que algunas familias de represaliados se fueron de Calahorra durante o después de la Guerra, que puede haber errores y aparecer alguna víctima no registrada hasta la fecha (y eso, bien que a cuentagotas, viene ocurriendo), podemos pensar que el número real de muertos supera la cifra de la lista de que hoy por hoy disponemos, pero, totalmente de acuerdo con Hernández García, tampoco yo creo que sean más de 300.

Jesús Vicente Aguirre González

NOMBRE	AÑOS	NOMBRE	AÑOS
Angel Abad Garcia	52	Ernesto Lorenzo Malvarán	36
José Antónizans Galilea	24	Juan Lorenzo Balda	41
Enlila Amado Moreno	24	José Lafuente Lozano	20
Francisco Barru Balle	43	Vicente Lorenzo Martínez	60
Pedro Bisti Macilla	27	Miguel Lousoña Martínez	45
Gabriel Casado Ruiz	59	Trofolo María Escudero	48
Achil Casado Guerra	17	Miguel María Vuela	33
Teresa González Moreno	68	Fernando Martínez Escorza	30
Juan Castillo Breña	54	Rafael Martínez Pascual	34
Gabriel Catalán Oda	57	Julian Moreno Guerra	29
María Catalán Urzangui	46	José Moreniti Roreneo	36
Donato Clotilda González	55	José Mariano Ortega Soria	39
Diego Cistolal Martínez	66	Mercelino Pina Marquíez	29
Miguel Escalona Fernández	39	Santiago Ramos Rodríguez	33
Jacinto Escorza San Miguel	31	José Ruiz Guerra	24
Eugenio Escobedo Martínez	55	† Lito San Juan Lousoña	35
Gerardo Escorza Escibano	28	Andrés Santos Escorza	28
Pedro Escorza Escibano	26	José Solitario Antónizans	29
Leonardo Amo López	52	Santos Solitario Antónizans	30
Troyó A. Berchán Gutiérrez	45	Justo Sogella Martínez	46
Irma Díaz Pina	52	Máximo Tapia "M. Forner"	35
Juan Fdez Antónizans	33	Gregorio Telado Telado	25
Agustín Ferrández Martínez	57	Moceto Suberviola Larrañe	55
José Ferrández Alda	18	Pablo Salcedo Gonzalez	55
Marcel Ferrández Viguera	28	Casio Miguel Martínez	41
Gregorio Gabasa Español	27	Isidoro Oyarzábal Pardo	35
Vicente García Torres	47	Luis Rosillo Ruiz	24
Paulino Herrero Rivas	61	Angel Basso Moreno	40
Isidro Herreros Lorente	23	Anselmo Revilla Ferrández	42
José Herrera Lorente	34	Juan Ochoa González	36
Lola Hita Cortés	52	Emiliano Rasoet	15
Jato Lafuente Sáenz	57	Erasmio San Epifanio Pastor	45
Gabrielá Lorente Sáenz	58	Andrés Ruiz Belinsoada	38
Juan López Aserin	35	Nicolas Ruiz Belinsoada	56
José López Tamayo	54	José Pita Quesada	36

Una lista de asesinados. Son más.



El recuerdo de los asesinados sigue en pie. Son menos.

En la Calahorra de 1936 es importante la agricultura y el comercio hortícola. Pero la tierra no está bien repartida y mucha gente no puede vivir de la suya y trabaja, cuando puede, para los que tienen más. Algunos lo hacen en las fábricas. Calahorra tiene una relativamente importante industria conservera. Y la azucarera. Muchos contarán que un puesto en cualquier fábrica podía ser motivo de envidia y quién sabe si al llegar el Movimiento, un argumento más para el ajuste de cuentas... Lo cierto es que el paro obrero era el principal problema. Por eso en Calahorra, y en otros muchos lugares de La Rioja, es también la primera preocupación de los Ayuntamientos que intentan paliar sus efectos con el trabajo comunitario para lo que conciertan esfuerzos con los sindicatos y solicitan ayudas al Gobierno de la provincia y de la nación.



La azucarera.

Otra dificultad para el desarrollo social y personal de los calagurritanos es el elevado grado de analfabetismo. El Gobierno de la República dedicó especial atención a ese problema, sobretodo creando y mejorando escuelas para los niños y jóvenes, pero también apoyando la educación de adultos. En esa labor fueron especialmente significativas las iniciativas de Ateneos Republicanos, Casas del Pueblo y Círculos Anarquistas.

Cuando llega la República los obreros están organizados en partidos políticos y sindicatos. Las clases medias conservadoras, votantes de Acción Riojana-CEDA, acabarán en manos de la Falange tras el Movimiento. Los progresistas y republicanos, organizados con el tiempo en Izquierda Republicana, han formado parte del Frente Popular, victorioso en febrero de 1936, junto al Partido Socialista, importante y consolidado en Calahorra, y al Partido Comunista, mucho más minoritario. Para ello, han contado con el apoyo de los anarquistas.



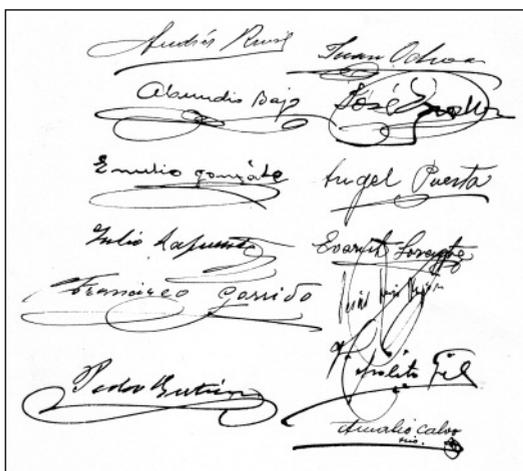
Alcalde y concejales, tanto republicanos como socialistas, arropados por sindicalistas y simpatizantes.



Primer ayuntamiento republicano de Calahorra el 15 de Abril de 1931 (solo la mayoría republicano-socialista).

Calahorra vivió, durante la República y en lo social, la misma situación que el resto de la Provincia. Con los conflictos, que se repiten por doquier, entre las autoridades civiles y las religiosas. Con el levantamiento revolucionario de diciembre de 1933, al que se enfrentan las autoridades municipales en defensa del orden republicano, y del que resultan algunos anarquistas detenidos. Realmente lo sucedido en Calahorra tuvo relativamente poca importancia, tanto por las acciones llevadas a cabo por los revoltosos como por el número de arrestados, sobre todo en comparación con los centros neurálgicos de la revolución en La Rioja (Briones, San Vicente, San Asensio...). Sin embargo, y como ocurrió en esos pueblos, en el año 1936 serán asesinados calagurritanos de esos “dos bandos”: el revolucionario anarquista, y el del

orden republicano. Con el cambio, también, de corporación municipal impuesto por el Gobierno derechista en 1934 y que devuelve a su cauce el del Frente Popular en 1936. Acompañadas ambas modificaciones por toda una serie de nombramientos y destituciones, práctica habitual de la época, que tienen mucho que ver con el sectarismo y la intolerancia que se respira en ambientes politizados. Así y con todo... en Calahorra se podía vivir, y de hecho, la gente vivía. Y no eran los que peor vivían los que más apoyaron al Movimiento...



Seis firmas irán a la muerte.

El mismo 19 de julio el ejército, falangistas y requetés se hacen con el control de la ciudad. El día 20 “todo está en orden”. Inmediatamente comienzan las detenciones y asesinatos, que no finalizarán hasta mediados de diciembre del fatídico año 1936.

El alcalde César Luis Arpón, de Izquierda Republicana, consigue huir de lo que hubiera sido una muerte segura. En Madrid organiza una brigada navarro-riojana y mantiene una fluida correspondencia con amigos y correligionarios refugiados en Bilbao. Tienen menos suerte algunos de sus concejales que sí fueron asesinados: Juan Ochoa González, alpargatero, Ángel Puerta Subero, hojalatero, Evaristo Lorente Madorrán, agricultor, los tres socialistas; Julio Lafuente Sáenz, agricultor, José Escalona Antoñanzas, agricultor y ganadero, y Andrés Ruiz Balmaseda, transportista, los tres de Izquierda Republicana.

A otros muchos podemos recordar, por ejemplo a los chavales que intentaron resistir y fueron sistemáticamente masacrados. A Gabriel y su hijo Aníbal Cáseda, Agustín y su hijo José Fernández. A Esperanza Escribano y sus hijos Gerardo y Pedro Escorza; a la familia Gurrea Fernández, Cándido el padre, Pilar la madre y Carmen y Dolores, las hijas. Los hermanos Francisco y Ricardo Gutiérrez Losantos, Paulino y sus hijos Isidoro y José Lorente de “los Ranas”. Gabriela Lorente y su marido e hijo, Julio y José Lafuente; los hermanos Losantos, por una parte Antonio, Jesús y Saturnino, por otra Miguel y Vicente, de “los Cañas”. Los hermanos Gerardo y Manuel Mazo Cristóbal, los Pérez Pellejero: Aurelio, Emilio y Vicente. Los hermanos José y Santos Solitario Antoñanzas... Daniel Garrido Jiménez y Santiago Blanco Nieto, maestro y catedrático, Andrés Egea Jiménez, guardia civil que apoyó a la República.



Ángel Puerta, uno de los seis concejales asesinados en Calahorra.



Guardias nocturnos de Calahorra. Eran de los pocos que podían portar armas en la ciudad. El cuarto por la derecha es Evaristo Pérez fusilado en 1936, junto a muchos de sus compañeros.



Isabel Arnedo, una de las nueve mujeres asesinadas en Calahorra.

A los que después de múltiples y tristes avatares acabaron sus días en el campo de Gusen-Mauthausen en 1941: Manuel Vicente Gil Díaz y Teodoro Pérez Sáenz.

Nos acercamos al final de nuestro artículo. Se quedan en el tintero y entre las teclas del ordenador, hechos, datos y reflexiones que necesitarían más espacio para ser desarrollados. Por ejemplo, ¿cómo se pudo matar de esta manera salvaje a paisanos, conocidos y hasta familiares? ¿Cómo fue posible que diferentes ideas, posibles discusiones, evidentes malos entendidos y hasta vagas amenazas se convirtieran en paseos sin retorno, en sacas al amanecer? ¿Quién fue responsable de tal matanza? Aquí sí se me ocurre empezar una lista y dejarla abierta. Por el momento podríamos colocar a los que apretaron el gatillo, los que decidieron las listas

en cada pueblo, los que no se opusieron pudiendo hacerlo, los mandos de las fuerzas del orden y del ejército que lo ampararon o consintieron. A los Bandos e Instrucciones del General Mola que ponían énfasis en la extrema violencia con la que el Movimiento debía imponerse atajando cualquier posible respuesta, al Gobernador Emilio Bellod, calagurritano de nacimiento, que llevó a la práctica con eficacia y brillantez, sistemáticamente, sus consignas...

Acabamos. Que nadie se rasgue las vestiduras. Esto es lo que pasó y conviene saberlo. Que no se diga que se reabren heridas, cuando lo cierto es que nunca se cerraron. Que lo hagamos definitivamente y entre todos. Con verdad, justicia y reparación. Así, el futuro, un futuro abierto, plural y de hombres libres, sin tanta crispación e intolerancia, será de todos.



César Luis Arpón, el regreso del alcalde.

FUENTES. BIBLIOGRAFÍA.

En realidad, los archivos visitados, los documentos solicitados y los cientos de kilómetros, entrevistas y fotografías que llevo realizados y recogidos, son los datos y la “carne” de la publicación que preparo. Ese trabajo es la base de este artículo. Dejo constancia de ello y paso a las fuentes que, por el momento, mejor puedo compartir con los lectores interesados. Las bibliográficas. Me voy a referir únicamente a las más cercanas al tema que nos ocupa. Empiezo por las publicaciones de Enrique Pradas. En “Holocausto en La Rioja” (Cuadernos Riojanos, Edición del autor, Logroño 1982), aparece una primera lista de los asesinados en La Rioja, lista que se debe al trabajo de Antonio Vázquez, un gallego afincado en La Rioja, que a comienzos de la transición política trató de esta manera de facilitar el cobro de las primeras pensiones decretadas por el Gobierno de Suárez. Pradas publicó otros dos libros: “La segunda República y La Rioja, 1931-1936” (Cuadernos Riojanos, Logroño 1982) y “8 de diciembre de 1933, Insurrección Anarquista en La Rioja” (Cuadernos Riojanos, Edición del autor, Logroño 1983).

Vienen después, en el tiempo, los tres libros de Antonio Hernández García (“La represión en La Rioja durante la guerra civil”, impreso en Almazán. Soria 1984), el trabajo más importante realizado hasta la fecha sobre esta cuestión, donde se recogen los asesinatos pueblo por pueblo. Hay algunos fallos, lógicamente, como ya puedo anunciar que habrá en mi libro, pero sobre todo hay muchas repeticiones y numerosas inexactitudes. Por otra parte, la propia presentación de los libros no hace nada fácil su lectura a un público que debiera intentarse fuera mayoritario.

Cristina Rivero ha estudiado la “Política y sociedad en La Rioja durante el primer franquismo (1936-1945)” (Historia del Tiempo Presente, Gobierno de La Rioja, Instituto de Estudios Riojanos, Logroño 2001) y, sobre todo y más cerca de nuestro tema, “La ruptura de la paz civil. Represión en La Rioja 1936 – 1939” (Biblioteca de Temas Riojanos, Instituto de Estudios Riojanos. Gobierno de La Rioja. Logroño 1992). Francisco Bermejo escribe la historia del partido socialista y de la II República en La Rioja (“100 años de Socialismo en La Rioja”, edición del Partido Socialista de La Rioja, Logroño 1994, y “La II República en Logroño: elecciones y contexto político”, Biblioteca de Temas Riojanos, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto de Estudios Riojanos, Logroño 1985).

De Carlos Gil Andrés son: “La República en la Plaza: Los sucesos de Arnedo de 1932” (Instituto de Estudios Riojanos, Colección Ciencias Históricas nº 4, Gobierno de La Rioja, Instituto de Estudios Riojanos y Ayuntamiento de Arnedo, Logroño 2002) y “Echarse a la calle, Amotinados, huelguistas y revolucionarios, La Rioja, 1890-1936” (Prensas Universitarias de Zaragoza, Zaragoza 2000). Y acaba de publicar “Lejos del Frente, la guerra civil en La Rioja Alta” (Editorial Crítica, Contrastes, Barcelona 2006), un relato de la vida y la muerte en los pueblos que siguen el curso del Ebro desde Haro a Logroño entre los años 30 y 40.

Más cercanos a nuestro objetivo geográfico están los libros, ya citados, de “Pradejón Histórico” (José Luis Gómez Urdáñez, coordinador, Ayuntamiento de

Pradejón, Universidad de La Rioja, Pradejón, La Rioja 2004) y “II República y Guerra Civil en Calahorra. Imágenes de una época” (Jesús Javier Alonso Castroviejo, prólogo y notas, Fotos Bella. Editado por Amigos de la Historia de Calahorra. La Rioja 2001).³ Siguiendo con la geografía, y especialmente desde la Rioja Baja, es interesante consultar el libro “Navarra 1936, de la Esperanza al Terror” (Altaffaylla y Afan (Asociación de Familiares de Asesinados Navarros), sexta edición, corregida y aumentada. Tafalla, noviembre 2003). Hay otros que el lector interesado puede encontrar sobre la represión en las provincias y regiones circundantes. Y novelas cuya acción transcurre en tiempos y lugares de los que estamos estudiando (por ejemplo Máximo Sicilia, desde Ausejo, Marta Santos, sobre Turruncún, o Matías Solana que escribe unas sentidas “Palabras para el recuerdo. In Memoriam” para Arnedo).

Las otras fuentes que podría citar, hemeroteca, búsqueda en archivos y recogida de documentos, memorias inéditas, cartas desde las cárceles de los que van a morir, fotografías y entrevistas con cientos de familias en toda La Rioja, las he usado más, y así lo explicaré en su momento, para la redacción del libro sobre la Represión en La Rioja que espero vea la luz el próximo año 2007.

3. José Luis Gómez Urdáñez coordina también una publicación sobre la Historia de Quel. Guillermo Martínez Pascual prepara otra sobre Rincón de Soto. En todas ellas se dedica un capítulo al tiempo de la República y la Guerra Civil. Como también lo hace José María Bañuelos Martínez, en “El Villar de Arnedo. Su historia, su tierra y sus gentes” (Ayuntamiento de El Villar de Arnedo. Logroño 2004). Pedro López Rodríguez escribe “Arnedo bajo el signo del cambio. Transformación económica y poder local entre los siglos XIX-XX” (Gobierno de La Rioja, Instituto de Estudios Riojanos y Ayuntamiento de Arnedo, Logroño 1999) y “Calahorra Levítica y Liberal, Cambio socioeconómico y caciquismo liberal en La Rioja Baja 1890-1923” (Amigos de la Historia de Calahorra, La Rioja 1997). Evidentemente hay más fondos bibliográficos que el lector interesado podrá encontrar.

Aprovecho este rincón final del artículo, para agradecer a Óscar Moreno, José Luis Marín, M^a Antonia San Felipe y Aurora Múzquiz, su hospitalidad y su enorme colaboración para llevar a cabo mi trabajo en Calahorra.